

Reseña bibliográfica**“Mar del Plata. Un sueño de los argentinos”****Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre****Edhasa. 2019. 360 p.**

“Mar del Plata. Un sueño de los argentinos”, libro que en principio podría pensarse como una historia urbana o una historia del turismo en Argentina, es más bien una metáfora de los cambios que atravesó la sociedad argentina a lo largo del siglo XX. Si realizáramos el ejercicio de describir esta obra en pocas palabras deberíamos decir que *“Mar del Plata...”* es, sobre todo, un libro de cambios y transiciones: las cinco ramblas, las demoliciones, las grandes obras y los rascacielos aparecen como hitos que reflejan los cambios que vivencia la sociedad argentina. Las trayectorias de Elisa Pastoriza -historiadora que ha dedicado su vida académica a investigar la historia del turismo en Argentina- y de Juan Carlos Torre -sociólogo que se ha especializado en el estudio del peronismo y del movimiento obrero- se cruzaron a finales de la década de 1990. En 1999 publicaron un artículo donde expusieron el hilo conductor de este libro: la idea de entender a Mar del Plata como una metáfora de los cambios de la sociedad argentina. A lo largo de los seis capítulos que estructuran el texto los autores pivotean sobre todo entre dos dimensiones: una sociocultural y otra urbanística. Las fuentes analizadas muestran que los cambios de hábito de la sociedad argentina van dejando sus huellas sobre la trama urbana de Mar del Plata como un lienzo en blanco.

El libro comienza con el nacimiento del enclave costero. En 1874 Patricio Peralta Ramos, terrateniente de la zona, fundó el pueblo de Mar del Plata con el objetivo de convertir tierras rurales en lotes urbanos. A los pocos años, en 1877, Pedro Luro, otro gran propietario rural, comenzó a pensar la idea de convertir a Mar del Plata en una villa balnearia para la recreación de la *elite* porteña. Ciudades como Trouville, Biarritz, San Sebastián, Ostende y Brighton, donde las *elites* europeas iniciaron el hábito de los baños de mar, fueron las referencias indiscutidas del modelo marplatense. En todos los casos que sirvieron de inspiración los espacios del ocio se repiten: el gran hotel, el casino, las ramblas y el balneario. Dos grandes acontecimientos marcaron el inicio del veraneo en Mar del Plata: el arribo del tren, en 1886 y la apertura del Bristol Hotel, en 1888. Desde sus inicios el Bristol Hotel se estableció como centro neurálgico de sociabilidad aristocrática. Posteriormente, en 1900, con la apertura de un salón dedicado a los juegos de azar, Mar del Plata completó todos los casilleros del ocio replicados de Europa. Las familias porteñas más pudientes -que solían pasar los meses de verano en las quintas de las afueras de Buenos Aires y tomaban baños de mar en Montevideo- encontraron rápidamente en Mar del Plata un nuevo destino junto al mar. Comenzaron a construir lujosas residencias y chalets que -reproduciendo estilos arquitectónicos europeos- poblaron las barrancas sobre la Playa Bristol.

Tanto por su relevancia urbanística como por su peso simbólico como espacio de sociabilidad, las ramblas tuvieron un lugar central dentro de la historia de Mar del Plata. La primera fue construida para la temporada 1887-1888, pero su trayectoria fue breve. En septiembre de 1890 un temporal la arrasó. Rápidamente fue reemplazada por la Rambla Pellegrini, que no corrió mejor suerte. En 1905 un incendio la destruyó. Ese mismo año los dueños del casino financiaron una nueva obra: una plataforma de madera de cuatro cuadras a lo largo de la Playa Bristol. Poco tiempo después se inició un proceso de modernización de la rambla. En 1913 los tablonos de madera abrieron paso a la icónica Rambla Bristol. La nueva rambla era un edificio con cuatro niveles en un “estilo afrancesado” y ocho cúpulas octagonales. La nueva rambla daba un marco más acorde a la sociabilidad aristocrática.

En los albores del centenario, la villa balnearia experimentó los efectos de la prosperidad que vivió el país. Se generó un incipiente cambio en el paisaje social que fue acompañado por la multiplicación de la oferta hotelera de diversa categoría. Como consecuencia de este proceso, el Bristol Hotel perdió su protagonismo como espacio de socialización de la *elite* y la alta sociedad se replegó a las suntuosas mansiones, ámbitos cuyas puertas de entrada estaban más vigiladas.

Para los autores los años treinta son un punto de inflexión en la historia de Mar del Plata. Si bien la política de la “década infame” fue regresiva, en términos sociales se puede observar que el flujo de veraneantes continuó sin pausa por la ruta de democratización del balneario. En 1936 con el financiamiento del gobernador Fresco se promovió un vasto plan de obras públicas para modernizar la ciudad costera. La construcción de un balneario-parque en Playa Grande -que buscaba albergar a la *elite* en su éxodo hacia las playas del sur- y la construcción del Hotel Provincial y el nuevo Casino -en dos edificios gemelos diseñados por Bustillo que borraron del mapa la Rambla Bristol- fueron las obras más destacadas. Con esta transformación Pastoriza y Torre (2019) señalan que se modeló:

...una ciudad balnearia en la que todos hallaran la puerta de entrada y pudiesen disfrutar del mismo mar bajo el mismo cielo, pero en la que las fronteras sociales estuviesen bien delimitadas con el fin de facilitar la convivencia en un mundo, por definición, hecho de contrastes y diferencias. En fin, un sueño de los argentinos. (p. 243)

Desde mediados de la década de 1940, con la llegada de Perón, se lanzó la consigna de “turismo para el pueblo”. Dos medidas fueron centrales para eso: la extensión del derecho a las vacaciones remuneradas y obligatorias al conjunto de los trabajadores y empleados en relación de dependencia y la creación del sueldo anual complementario. Los programas de disfrute de tiempo libre mostraron una formidable expansión en el marco de la democratización del bienestar social. Sin lugar a duda la Colonia de Vacaciones de Chapadmalal fue la obra más monumental del turismo social de los años peronistas. Sin embargo, Torre y Pastoriza señalan que, si bien el peronismo logró arraigar el relato que señalaba que Mar del Plata era, antes de la llegada de Perón, un lugar de

privilegio, los tiempos de la villa aristocrática habían sido clausurados con la demolición de la Rambla Bristol. Incluso precisan que el grado de apertura social del balneario pregonado por Perón era cuestionable porque harían falta varios años y más iniciativas públicas para que los asalariados llegaran a representar una porción mayor de argentinos que anualmente pasaban sus vacaciones junto al mar. Si bien la heterogeneidad de la población veraneante fue una característica distintiva de la Mar del Plata de mediados de siglo, la lectura historiográfica de los autores invita a repensar la temporalidad de la noción de democratización.

En 1948 se aprobó la Ley de Propiedad Horizontal y se lanzaron los créditos del Banco Hipotecario. Estas dos iniciativas transformaron, una vez más, la trama urbana de Mar del Plata. El 70% del casco céntrico de la ciudad quedó en escombros. La ciudad comenzó a crecer en altura y entre 1949 y 1954 se dio un verdadero *boom* de la construcción.

La década de 1960 marcó el apogeo de Mar del Plata como destino principal para el turismo en Argentina. Mientras los conflictos políticos y las pujas distributivas tenían en vilo al país, en otra dimensión completamente diferente, las puertas de Mar del Plata continuaban recibiendo cada año a más turistas. Continuó el *boom* de la construcción, se multiplicaron los rascacielos y los hoteles sindicales. La vida de balneario puso de manifiesto el amplio y heterogéneo arco de hábitos, gustos y recursos de los turistas. Si bien en el mar, como señalan los autores, todos los cuerpos mostraban una relación de igualdad que desdibujaba las marcas sociales, cuando las personas retornaban a la orilla se hacían visibles las jerarquías y contrastes sutiles que estructuraban la vida del balneario. Esa pugna simbólica, que los autores leen en el marco de la historia social del país, tenía mucho en común con las experiencias conocidas en una Argentina donde la movilidad social ascendente tendía, en reiteradas ocasiones, a poner en jaque a los ámbitos exclusivos dentro de los que se atrincheraban los círculos encumbrados.

Hacia la década de 1970 Mar del Plata comenzó a perder su rasgo más distintivo, el de ser el balneario de todos. Los jóvenes de clase media y las familias de la alta burguesía comenzaron el éxodo hacia otros destinos. Si bien Mar del Plata continuó siendo un balneario de masas, dejó de ser el balneario de todos. Los contrastes sociales y culturales que caracterizaron a la sociedad argentina se hicieron más intensos y, por lo tanto, fue más difícil que todos estuvieran contenidos en el mismo mar y bajo el mismo cielo.

Esta breve síntesis del texto pone de manifiesto alguno de sus aspectos más centrales. En primer lugar, es necesario señalar que en las páginas de esta obra se hace evidente la vasta experiencia en investigaciones sociohistóricas que poseen los autores. La diversidad y calidad de las fuentes empleadas logran dar precisión a los relatos y delinean de forma clara las imágenes de cada momento histórico de Mar del Plata. Ilustraciones, fotografías, planos, artículos periodísticos, propagandas e incluso canciones logran retomar las frescas impresiones de quienes pisaban las arenas del balneario.

En segundo lugar, el texto invita a repensar temporalidades y marca la correlación que existe entre los procesos socioculturales que vivió el país y las diferentes etapas urbanísticas de la ciudad costera. El Bristol Hotel, con su baile de cotillón y la *promenade* por la Rambla Bristol, sirvieron como espacio de

socialización de la *elite*. Posteriormente la aristocracia se replegó a sus mansiones y comenzó el incipiente proceso de masificación. Las obras modernizadoras del gobernador Fresco delimitaron las fronteras sociales que permitieron la convivencia de distintos sectores sociales. El “turismo para el pueblo” de los años peronistas fue acompañado por la Colonia de Vacaciones de Chapadmalal, en las afueras de Mar del Plata, y el comienzo del *boom* de la construcción de departamentos. Los escombros de las viejas mansiones abrieron paso a los rascacielos. El apogeo del veraneo marplatense de 1960 encontró a la Avenida Colón convertida en un abigarrado bloque de cemento.

Mar del Plata -a diferencia de las ciudades balnearias europeas que crecieron por una suerte de acumulación, preservando buena parte de su patrimonio arquitectónico- vivió sucesivas remodelaciones, cambios y transformaciones. Así, una y otra vez, la identidad urbanística de Mar del Plata se reinventó para albergar a un público cada vez más amplio y heterogéneo. Para los autores la clave de esta convivencia parecería esconderse en las amplias costas, que permitían la coexistencia de espacios de sociabilización donde las fronteras sociales se encontraban claramente delimitadas. Si bien el libro llega a su fin con los desertores de los veraneos marplatenses, las imágenes y los relatos del texto logran que el lector permanezca por un buen rato en las arenas marplatenses y se encuentre acobijado dentro de ese sueño de los argentinos.

Martina Baglietto

Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad de Buenos Aires
Docente de la Universidad Nacional de Luján
Estudiante de la Maestría en Sociología Económica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la
Universidad Nacional de San Martín
Argentina
bagliettomartina@gmail.com